

pasos hacia la antecámara.

— ¡ Ah! exclamó la reina, se me olvidaba.

Actón se volvió.

— El rey estará mañana en el consejo de malísimo humor.

— ¡ Mucho me lo temo! respondió Actón sonriendo.

— Recomendad á vuestros colegas que no despeguen los labios á menos que S. M. interrogue, y dejadme representar con el rey toda la comedia.

— Supongo que V. M. habrá elegido el mejor papel.

— Así lo creo, respondió la reina. Pronto juzgaréis vos mismo.

Actón se inclinó de nuevo y salió de la habitación.

— ¡ Ah! murmuró la reina tirando del llamador para que sus camaristas fueran á desnudarla. Si Emma me cumple su promesa, todo irá perfectamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IV

El médico y el sacerdote

Concluyamos con los acontecimientos de aquella noche, tan fecunda en peripecias, á fin de que en adelante podamos continuar nuestro relato sin vernos en la precisión de retrogradar á cada instante.

Si nuestros lectores han leído con atención nuestro último capítulo, deben recordar que los conspiradores, después de la partida de Salvato Palmieri, se dividieron en dos grupos de á tres personas: uno de ellos subió la cuesta del Pausilipo; el otro se dió al mar en una barca.

El grupo que subió el Pausilipo le formaban Nicolino Caracciolo, Velasco y Schipani.

El que había partido en una barca amarrada bajo el pórtico del palacio de la reina Juana, pórtico que bañaba el mar, y á cuyo abrigo pudo resistir la tormenta, se componía de Domenico Cirillo, de Héctor Caraffa y de Manthonnet.

Como ya hemos dicho, Héctor Caraffa se hallaba oculto en Pórtici, en cuyo punto vivía su amigo Manthonnet. Éste, que era muy aficionado á la pesca, tenía una barquilla, y en ella se dirigían desde Pórtici al palacio de la reina Juana. Vigorosos remeros, dos horas les bastaban en tiempo tranquilo para hacer la travesía. Cuando hacía viento, echaban la vela y se dejaban llevar por la brisa.

Aquella noche regresaban de su expedición según tenían de costumbre, é iban al remo, porque el viento había caído completamente y el mar se hallaba en calma. Viviendo Cirillo en la extremidad de Chiaia, se había embarcado con ellos á fin de que le dejaran en Margellina. He aquí por qué los vieron los esbirros bogando á lo largo de la ribera en vez de dirigirse en la línea recta á Pórtici.

Así que llegaron frente al casino del Rey, que hoy pertenece al príncipe Torlonia, eligieron un sitio en que el declive permitía ganar la vereda, convertida después en una calle, y echaron en tierra á Cirillo.

En seguida se internaron en el mar, bogando hacia la punta del castillo del Huevo.

Cirillo ganó fácilmente la calle sin que nadie notara su presencia; pero á los pocos pasos, vió un grupo compuesto de una veintena de soldados, los cuales, detenidos en mitad del camino, parecían

discutir con alguna animación; sus fusiles brillaban á la luz de dos antorchas.

Algunos de ellos, á la rojiza luz de aquellas mismas hachas, examinaban á dos hombres tendidos á través de la calle.

Cirillo reconoció á una patrulla en el ejercicio de sus funciones.

En efecto : era la patrulla que había visto Pascuale de Simone, y ante la cual había huído por no comprometer á la reina.

Como había supuesto el esbirro, cuando llegó la patrulla al lugar del combate, encontró tendidos sobre el *lástrico* á un muerto y á un herido : los otros dos heridos, esto es, el que recibió el sablazo en la cara y aquel á quien rompió el hombro la bala de una de las pistolas de Palmieri, habían tenido fuerza bastante para echar á correr por una callejuela que costeara la pared norte del jardín de la San Felice.

La patrulla reconoció que uno de los dos hombres estaba muerto y que, por consiguiente, era inútil ocuparse de él; pero, aunque desvanecido, su compañero respiraba todavía y acaso podría salvarsele.

Hallábanse á veinte pasos de la fuente del León; uno de los soldados fué á coger un poco de agua en

su gorra, volvió con ella y roció el rostro del herido, el cual, á esta frescura inesperada, volvió en sí y abrió los ojos.

Viéndose rodeado de tropa, trató de levantarse; pero no pudo conseguirlo: estaba completamente paralizado y sólo podía mover la cabeza á derecha é izquierda.

— Amigos míos, exclamó, ya que voy á morir ¿no podríais trasladarme á una cama un poco más blanda?

— ¡ Sí, por cierto! dijeron los soldados; sea quien fuere, parece un pobre diablo y debemos cederle lo que pide.

Y acto continuo, trataron de levantarle entre sus brazos.

— ¡ Eh! ¡ con tiento! murmuró el esbirro; manéjame como si fuera de cristal, ¡ *mannaggia la Madonna!*

Esta blasfemia, una de las más grandes que puede proferir un napolitano, indicaba que el movimiento que acababan de imprimir al herido le había causado un dolor agudísimo.

Al distinguir el grupo, el primer pensamiento de Cirillo fué esquivarle; pero en seguida se le ocurrió la idea de que, hallándose aquella patrulla y aquellos hombres en el camino que Salvato Pal-

mieri debió seguir para dirigirse á la embajada francesa, era muy posible que el joven edecán del general Championnet hubiese desempeñado un papel activo en aquel drama nocturno.

Consiguiente á esto, avanzó resueltamente y se incorporó con ellos. En aquel instante, el oficial que mandaba la patrulla amenazaba echar abajo la puerta de una casa sita en la esquina de la calle, más allá de la fuente del León. La repugnancia en socorrer al prójimo, aunque el prójimo se halle en peligro de muerte, es uno de los rasgos que más caracterizan al pueblo de Nápoles.

Pero á la intimación del oficial, y sobre todo, á los culatazos de los soldados, aquella puerta concluyó por abrirse, y Cirillo oyó dos ó tres voces que preguntaban dónde podrían encontrar un cirujano.

Su deber y su curiosidad le excitaban de consuno á ofrecer sus servicios.

— Señores, les dijo, yo soy médico y no cirujano; pero ¡ no importa! en los casos extremos también practico la cirugía.

— ¡ Ah! señor doctor, dijo el herido al oír las palabras de Cirillo: mucho me temo que tengáis en mí un mal parroquiano.

— Sin embargo, repuso Cirillo, la voz no me parece del todo mala.

— Sí, pero no puedo menear más que la lengua. Mientras tanto, habían quitado un colchón á una cama, puéstole encima de una mesa colocada en medio del cuarto, y acostado en él al herido.

— ¡ Almohadas ! dijo Cirillo ; ¡ ponedle un par de almohadas bajo la cabeza !... la cabeza de un herido debe estar siempre alta.

— ¡ Gracias, gracias, doctor ! murmuró el esbirro ; creed que os lo agradeceré lo mismo que si la cura tuviera buen éxito.

— Y ¿ quién os dice que no le tendrá ?

— ¡ Ay, doctor ! yo sé lo que son heridas, y os aseguro que ésta llega al fondo.

É hizo señas á Cirillo de que se aproximase ; éste aplicó el oído á la boca del herido.

— Yo no dudo de vuestra ciencia ; pero me parece que no estaría de más, como si saliera de vos, que mandaseis á buscarme un sacerdote.

— ¡ Desnudad á este hombre con el mayor tiento posible ! dijo Cirillo.

Y dirigiéndose al dueño de la casa que en compañía de su mujer y de sus dos hijos miraba la escena con ojos curiosos :

— Enviad á uno de vuestros dos chicos á la iglesia de Santa-María-di-Porto-Salvo, añadió, y que llame á don Michelangelo Ciccone.

— ¡ Ah ! nosotros le conocemos... ¿ oyes lo que dice el señor doctor ? corre, Tore.

— ¡ Voy corriendo ! dijo el muchacho.

Y salió por la puerta como un cohete.

— ¡ Escucha ! le gritó Cirillo ; cerca de aquí hay una botica : despierta de paso al boticario, y dile que abra la puerta y que espere, que el doctor Cirillo va á mandarle en seguida una receta.

— ¡ Ah ! ¿ qué mil diablos de interés tenéis en que yo viva, doctor ? preguntó el herido.

— Ninguno, amigo mío, ninguno más que el de la humanidad.

— ¡ Humanidad ! ¡ graciosa palabra ! dijo el esbirro con dolorosa ironía, es la primera vez que oigo pronunciarla... ¡ Ah ! ¡ *Madonna del Carmine* !

— ¿ Qué es eso ? preguntó Cirillo.

— Que me matan al desnudarme.

Cirillo sacó su estuche ; cogió un bisturí y abrió de arriba abajo la chaqueta, la camisa y el calzón del esbirro, dejando completamente descubierto el costado derecho.

— ¡ Enhorabuena ! ¡ he aquí un ayuda de cámara que entiende el oficio ! Doctor, si sois tan diestro en coser como en desgarrar, no hay sastre que se os compare.

Luego, señalando á la herida que se abría entre las falsas costillas:

— ¡Aquí, aquí está el negocio! añadió.

— Ya lo veo, dijo Cirillo.

— Mal sitio, ¿no es verdad?

— Lavad esta herida con agua fresca, lo más suavemente que os sea posible, repuso el doctor dirigiéndose al amo de la casa. ¿Tenéis lienzo fino?

— No mucho.

— Bien: tomad mi pañuelo provisionalmente; mientras, que vayan á la farmacia con esta receta.

Y escribió con lápiz una poción cordial y calmante, compuesta de agua destilada, acetato de amoníaco y lamedor de cidra.

— ¿Y quién pagará? preguntó la mujer mientras lavaba la herida con el pañuelo del doctor.

— ¡Yo! respondió Cirillo.

Y metiendo una moneda en la receta, dijo al otro muchacho:

— ¡Toma, y corre! lo que sobre es para ti.

— Doctor, si escapo de esta, dijo el esbirro, me meto fraile y paso el resto de mi vida rogando por vos.

Mientras, Cirillo había sacado del estuche una sonda de plata.

— ¡Ánimo! exclamó aproximándose al herido, es

preciso probarnos que sois hombre y que tenéis el corazón entero.

— ¿Vais á sondarme la herida?

— Menester es para saber á qué atenernos.

— ¿Se permite jurar?

— Sí; pero tened presente que os miran y os oyen. Si os quejáis demasiado, van á decir que sois un maula; si juráis más de lo regular, os tomarán por un impío.

— Doctor, hace poco hablasteis de cierto cordial. No sería malo tomar una cucharada antes de la operación.

En aquel instante, el muchacho que había ido á la botica entró corriendo con una botella en la mano.

— Madre, exclamó, sobran seis granos para mí. Cirillo cogió la botella.

— ¡Una cuchara!

Trajéronsele, llenóla del líquido que había en el frasco y se le dió á beber al herido.

— ¿Sabéis, doctor, que esta cosa me entona? dijo el esbirro después de un momento de silencio.

— Por eso os la doy.

Transcurrieron algunos segundos.

— Y ahora, repuso Cirillo gravemente, ¿os halláis dispuesto?

— Sí, doctor, empezad cuando queráis: yo trataré de no dejaros mal.

Cirillo introdujo lentamente, pero con mano segura, la sonda en la herida. Á medida que el instrumento desaparecía en la llaga, el rostro del paciente se desfiguraba por grados; mas no lanzó ni un suspiro, ni una queja. Tan visibles eran el sufrimiento y el valor, que en el instante en que el médico retiró la sonda, un murmullo de asombro se escapó de la boca de los soldados que presenciaban curiosos aquel espectáculo sombrío y conmovedor.

— ¿Estáis contento, doctor? preguntó el esbirro, orgulloso de su propia entereza.

— Es más de lo que yo esperaba del valor de un hombre, amigo mío, respondió Cirillo, enjugando con la manga de su levita el sudor que bañaba su frente.

— ¡Pues bien, dadme algo que me reanime, porque me siento desmayar! repuso el herido con voz débil.

Cirillo le dió una segunda cucharada del cordial.

El paciente no se había engañado: la herida era más que grave, era de muerte.

La punta del sable, penetrando por las falsas costillas, había picado la aorta torácica y atravesado el diafragma: todos los auxilios de la ciencia

debían, pues, limitarse á disminuir la hemorragia por medio de la compresión y á prolongar la vida algunos instantes.

— ¡Dadme algunos trapos de hilo! dijo Cirillo echando una mirada en torno de sí.

— ¿Trapos de hilo? contestó el amo de la casa, ¿donde están ellos?

Cirillo abrió un armario, sacó una camisa y la desgarró en pedazos.

— Pero ¿qué estáis haciendo? ¿desgarráis mis camisas?... ¡pues me gusta!

Cirillo sacó dos piastras del bolsillo y se las puso en la mano.

— ¡Oh! ¡lo que es á ese precio, podéis desgarrarlas todas! dijo el propietario.

— Doctor, exclamó el herido, como tengáis muchos enfermos de mi calibre, se me figura que no habéis de varear la plata.

Cirillo hizo una compresa con uno de los pedazos de la camisa, la aplicó á los bordes de la herida y la vendó con otro pedazo.

— Y ahora, ¿os sentís mejor? preguntó al esbirro.

— Me parece que sí, dijo éste, respirando lentamente.

— Entonces, ¿podréis contestar á mis preguntas? interrogó el oficial que mandaba la patrulla.

—¿Á vuestras preguntas? ¿Y á qué santo?

— Porque tengo que empezar á instruir la sumaria.

— ¡ Ah! la sumaria... repitió el herido, voy á dictárosla en cuatro palabras. Doctor, una cucharada de esa cosa.

El esbirro tomó el cordial y repuso :

— Yo y otros cinco esperábamos á un joven para asesinarle; pero él mató á uno de nosotros, hirió á tres, y yo soy uno de los tres heridos. Ya veis que el negocio no es muy complicado.

Fácilmente se comprenderá la atención con que Cirillo escucharía las palabras del moribundo. Sus sospechas eran, pues, fundadas : aquel joven á quien los esbirros esperaban para asesinarle era sin duda Salvato Palmieri; además, ¿quién sino él podía haber puesto fuera de combate á cuatro de los seis agresores?

— Y ¿cómo se llaman vuestros compañeros? preguntó el oficial.

El herido hizo una mueca semejante á una sonrisa.

— Sois demasiado curioso, mi buen amigo, dijo. Si llegáis á saber sus nombres, de seguro no será por mí... Además, aunque os los dijera, de maldita cosa os serviría.

— ¿No? me serviría para prenderlos inmediatamente.

— ¿Lo creéis así? Pues bien, voy á indicaros una persona que los conoce; dueño sois de ir á preguntárselos.

— ¿Quién es?

— Pascuale de Simone. ¿Queréis sus señas? Basso Porto, esquina á la calle Catalana.

— ¡ El esbirro de la reina! murmuraron á media voz los circunstantes.

— Gracias, amigo mío, dijo el oficial; la sumaria está concluida.

Y dirigiéndose á la patrulla :

— ¡ En marcha! añadió; hace una hora que estamos aquí perdiendo el tiempo lastimosamente.

Poco después, se oyó en la calle el choque de las armas y el ruido de los pasos que se alejaban.

Cirillo continuaba en pie junto al herido.

— ¿Habéis visto cómo han tomado las de Villadiego?

— Sí, respondió Cirillo, y comprendo que no hayáis querido comprometer á vuestros camaradas; pero, ¿rehusaréis darme á mí algunas noticias que no comprometerán á nadie y que me interesan en extremo?

— Oh! á vos, doctor, es distinto, y no desearía

otra cosa más que seros útil, en cambio de vuestra buena voluntad y del bien que me habéis hecho; pero despachaos, porque me siento desfallecer. Preguntadme pronto si algo queréis averiguar, porque empieza á trabárame la lengua... esto es lo que nosotros llamamos el principio del fin.

— Seré breve. Decidme, ese joven á quien Pascuale de Simone esperaba para asesinarle, ¿era un oficial francés?

— Así parece, aunque hablaba el napolitano lo mismo que yo.

— ¿Y le mataron?

— No lo sé positivamente; pero sí puedo deciros, que si no ha muerto debe andar muy cerca.

— ¿Le visteis caer.

— Sí, pero de una manera confusa; yo estaba ya en tierra, y en aquel momento me ocupaba más de mí que de los otros.

— Pero, en fin, ¿qué visteis? Preciad vuestros recuerdos, amigo mío; tengo el mayor interés en saber lo que ha sido de ese joven.

— Pues bien, le vi caer contra la puerta del jardín de la Palmera; luego, como á través de una nube, me pareció que la puerta se abría y que una mujer vestida de blanco atraía hacia sí al joven oficial. Posible es que todo esto no fuese más que una

visión y que lo que yo tomé por una mujer vestida de blanco fuese el ángel de la muerte que venía á buscar el alma del moribundo.

— Y después ¿no visteis nada más?

— Sí, vi al *beccaio* con la cara ensangrentada, que echaba á correr sujetándose la cabeza con las manos.

— Gracias, amigo mío, sé ya cuanto deseaba saber. Además, se me figura que oigo...

Cirillo se puso á escuchar.

— Sí, el sacerdote y la campanilla. ¡ Oh! yo también la oigo... ¡ Se oye desde tan lejos esa campanilla cuando viene por uno!

Hubo un momento de silencio. La campanilla se acercaba más y más.

— De modo que es negocio concluido, ¿no es cierto? dijo el esbirro. ¿No debo ya pensar en las cosas de este mundo?

— Hace poco me probasteis vuestro valor; por lo tanto, os hablaré con franqueza: no os queda más tiempo que para reconciliaros con Dios.

— ¡ *Amén!* murmuró el esbirro. Y ahora, una cucharada de vuestro cordial, porque la lámpara se apaga, y quisiera tener fuerza para llegar hasta el fin.

Cirillo le dió de beber.

— ¡ Ahora, apretadme la mano, doctor!... Más fuerte, no lo siento.

Cirillo estrechó con todas sus fuerzas aquella mano casi helada.

— Haced sobre mí la señal de la cruz... Bien sabe Dios que quisiera hacerla yo mismo, pero no puedo.

El médico hizo la señal de la cruz, y el herido, con una voz que se debilitaba por grados, pronunció las palabras: *En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. ¡ Amén!*

En aquel momento, apareció en la puerta el sacerdote, precedido del niño que había ido á buscarle; entre sus manos traía el santo viático, y á derecha é izquierda venían la cruz y el agua bendita.

— ¿ Es aquí dónde me llaman? preguntó.

— Sí, padre mío, dijo el moribundo; un pobre pecador se halla á punto de entregar el alma, si es que la tiene, y no atreviéndose á pedirnos vuestra bendición, por creerse indigno de ella, desea que en este rudo trance le ayudéis con vuestras oraciones.

— Mi bendición es para todo el mundo, hijo mío, respondió el sacerdote; y cuanto más grande es el pecador, tanto más la necesita.

Y así diciendo, se sentó en la cabecera de la cama,

con el copón entre sus manos, y aproximó el oído á la boca del moribundo.

Cirillo comprendió que ya nada tenía que hacer junto á aquel hombre, cuyos últimos instantes había dulcificado en lo posible. La misión del médico había concluido, y tocábale al sacerdote principiar la suya. En este supuesto, salió de la casa y, ansioso por conocer si el esbirro le había dicho la verdad respecto á Salvato Palmieri, se dirigió á toda prisa al sitio de la lucha.

Conocida nos es la topografía de aquellos lugares. La palmera balanceaba majestuosamente su elegante penacho sobre las copas de los naranjos y de los limoneros. Cirillo reconoció la casa del caballero San Felice.

Las indicaciones del esbirro eran exactas. El doctor se acercó á la puertecita del jardín, por la cual había desaparecido el joven edecán, en concepto del moribundo, y efectivamente, creyó ver en ella algunas manchas.

Pero aquellas manchas ¿ eran de sangre, ó eran producidas por la humedad? Cirillo había dado su pañuelo para que lavasen la herida del esbirro: á falta de pañuelo, desató su corbata, mojó un pico en a fuente del León y con la parte humedecida frotó el sitio en que las manchas parecían más oscuras.

Á pocos pasos de allí, en dirección al palacio de la reina Juana, ardía un farol á los pies de una madona.

Cirillo se subió á un guardacantón y aproximó la batista á la luz.

No se había equivocado : aquellas manchas eran de sangre.

— ¡ Salvato Palmieri está ahí ! murmuró extendiendo el brazo hacia la casa del caballero San Felice. Pero ¿ está muerto, vive ? No tardaré en saberlo.

Y atravesó la calle, volviendo á pasar por delante de la casa en que se hallaba el esbirro.

Entonces echó una mirada al interior.

El herido acababa de expirar, y D. Michelangelo Ciccone rezaba á su cabecera.

En el momento en que Cirillo entraba en su habitación, daban las tres en la iglesia de Pie-de-Grotta.

CAPÍTULO V

El consejo de Estado

Además de las sesiones, verdaderamente inquisitoriales, que se celebraban en aquella cámara oscura de los aposentos de la reina, donde hemos introducido á nuestros lectores, había en palacio todas las semanas cuatro consejos ordinarios que tenían lugar los lunes, miércoles, jueves y viernes.

Las personas que componían aquellos consejos de Estado, eran :

El rey, cuando la importancia de los negocios le obligaba á asistir ;

La reina, cuyo derecho á tomar parte en ellos explicamos antes ;

El capitán general Juan Actón, presidente del consejo ;

El príncipe de Castel-Cicala, ministro de Negocios extranjeros, de Marina y de Comercio, y espía, soplón y juez en sus ratos perdidos ;